
VI.

Corretaje.

ENTRÓ Bueso en el cuarto, que era á la vez sala y redacción, y paseó su mirada fría por cuanto eran paredes y muebles, con la impertinente curiosidad que le era propia; detúvose un instante frente á mi mesa revuelta y empolvada, miró la de Claveque de reojo, y silbando una aria entre dientes, se acercó á mí, me apretó la mano, y sin hacer caso de Sabás, que estaba ya de pie.

—¡Caramba! dijo ¡qué desmantelado está estol

No tuve que contestar á esta salida, y me quedé mirando á aquel hombre singular, que me inspiraba profunda antipatía. El, sin quitarse el sombrero, que parecía atornillado

en su cabeza, quedóse de pie delante de mí, revisando de nuevo las paredes, y acariciándose la barba con la mano izquierda, sin duda para poner delante de nuestros ojos los tres gruesos brillantes que llevaba en los dedos meñique y anular.

—Desmantelado, desmantelado, repitió pausadamente. En fin, supongo que esto es provisional.

—Sí, señor, dijo Carrasco; es provisional.

Bueso miró á Carrasco atentamente, y después tomó una silla, se sentó, cruzando una pierna sobre la otra, y volvió á silbar su aria dirigiendo la vista á la casa de enfrente, al través de los vidrios.

—¿Y el amigo Braulio? preguntó al cabo de un rato.

—No está, respondí secamente.

—No está, repitió él. Bueno.

Volvió á acariciarse la barba, guardó silencio, y después de un minuto dijo:

—Hombre, en el último número de *El Censor*, salió una historieta, que supongo escrita por el amigo Braulio. Yo quería hablar con él, pero es lo mismo entenderse

con Ud. ¿Por qué se meten con el General, hombre? ¡Déjenlo en paz! El General es un buen amigo; y yo no sé por qué Ud. le tiene mala voluntad.

—Yo no tengo que ver con eso, contesté; es cosa de Claveque.

—Eso dice Ud., replicó fría y lentamente; pero yo ví lo que pasó entre Udes. y él en casa de Pablito Albar.

—A pesar de lo que Ud. vió, insistí, le repito que este es negocio de Claveque, en el cual no tengo que ver.

—Bueno, pues de todos modos, dijo Bueso; en ese artículo se anuncia la segunda parte de la historia; y mi empeño es que no se diga más sobre el asunto. ¿Qué sacan Udes. con publicar la segunda parte? Nada. Ahora, ya comprendo que el objeto que se proponen es que lleguemos á un arreglo, y á eso he venido. Ud., sabrá, de seguro, cuanto quiere el amigo Braulio por no publicar el segundo artículo.

—¡Que cuánto quiere!.....exclamé yo levantándome del asiento.

—Sí, dijo Bueso imperturbable, con tal

que no se ponga muy alto, nos arreglaremos en pocas palabras.

La cólera me cegó y estuve á punto de contestar á Bueso con un bofetón; pero tan quieto permaneció él, y tanta tranquilidad había en su voz y maneras, que me contuve, como ante un hombre inerme ó inocente.

—¿Qué ha pensado Ud. que soy yo, ó qué Claveque, ó el periódico que dirijo?, grité lleno de ira. ¿Piensa Ud. que somos nosotros de los miserables que comercian de ese modo? Miserable es el que tal cosa supone de los escritores honrados, porque juzga á todos capaces de infamias que tan naturales encuentra! Miserable es.....

No sé cuánto más le dije; pero fué mucho, aunque en verdad poco para la injuria, que yo había sentido llegar á lo más vivo de mi alma. Y mi discurso fué largo, desbordado, impetuoso; como que de nada servían ni las exhortaciones de Sabás, ni las protestas de Bueso, quien á pesar de todo, me las hacía sentado, sin alzar la voz ni mover un dedo.

Cuando hube dicho todo lo que me vino á la boca, ya para ofender á Bueso, ya para las-

timar á Don Mateo, á quien juré perseguir en *El Censor* constantemente; cuando mi cólera estuvo, si no satisfecha, un tanto desahogada, concluí señalando la puerta á Bueso, y mandándole salir de la redacción.

Pero Bueso no se movió de su silla, sacó un puro, y mientras con toda tranquilidad le arrancaba la perilla con los dientes y encendía un fósforo

—Calma, hombre, calma, me dijo. No es para tanto. Este es asunto de Braulio, no de usted. ¿Y qué tiene de particular? Yo lo hago por el General, que es un buen amigo. Si usted le tratara vería que es un buen sujeto, á quien no hay por qué perjudicar.

—¡Basta yal exclamé yo; no quiero oír más impertinencias.

—Pues vea Ud., dijo Bueso levantándose de su asiento; el General no sabe todavía nada de este asunto, y yo he recogido de su mesa el periódico para que no lo vea. Me propuse arreglar esto de un modo pacífico, pero...

—¿Pero qué?

Carrasco se puso detrás de mí, temiendo

no saltara yo sobre el visitante. Bueso frunció el ceño, se pasó la mano por la barba, y fingió voz irritada y severa á costa de grande esfuerzo.

—Si esto no se termina de un modo, se terminará de otro; pero la segunda parte no se publicará.

—¡Cree usted asustarme! dije violentamente. Pues ahora le digo á usted que el asunto no es de Claveque, sino mío. Yo acepto la responsabilidad de ese artículo, é invito á usted, á Don Mateo, y á todos los que se le están comiendo, á que impidan la publicación de los demás. Yo soy el responsable ¿entiende usted? Yo y nadie más.

Estas últimas palabras oyó Claveque al entrar. La ira más violenta se pintaba en su semblante enrojecido; lanzaban fuego sus ojos, escondidos debajo de las prominentes y abundantes cejas; tenía contraídos los labios, y parecía que sus crispados dedos se apercebían para acogotar á Bueso.

—¡Eso no! gritó al entrar. El artículo es mío, y no consentiré que el Sr. Quiñones asuma generosamente la responsabilidad que

á mí me toca. Caballero: sírvase usted entenderse conmigo para todo lo que se refiera á este asunto, si trata usted de llevarlo al terreno del honor; y sepa usted que en el próximo número se publicará la segunda parte de la historia, pese á quien pesare.

Sabás me contenía por un brazo, y miraba con asombro á Claveque, que en actitud provocativa se había colocado frente á Bueso, casi dándonos la espalda. Bueso, mientras tanto, dejando la ficción con que quiso probar fortuna, había recobrado su imperturbable seriedad, y, acariciándose la barba, miraba de hito en hito á Claveque, y recogía los labios como para silbar entre dientes.

—Bueno, dijo después de una pausa, con la frialdad del corredor que trata con un comerciante; bueno; pues me entenderé con Ud. para todo.

—Sí, señor; contestó Claveque con seca energía. Entiéndase Ud. conmigo, solo conmigo.

—Perfectamente, dijo Bueso.

Y sin despedida, como había entrado sin saludo, se dirigió lentamente á la puerta,

mirando de nuevo las paredes del cuarto. Ya cerca del dintel, introdujo el extremo del bastoncillo debajo del papel que cubría la pared, en un punto desgarrado, rasgó un poco más, y sin volver la cara dijo:

—Vean al propietario que mande poner papel nuevo. Esto está atroz.

Y salió tranquilamente.

—¡Vaya un insolente! prorrumpió Braulio cuando desapareció Bueso. Iba yo á entrar cuando lo oí, y me detuve; porque quería yo dejarlo hablar. Ya sabía que en entrando se callaría la boca, porque sabe que lo conozco. ¡Oh! pero ya ví que no hacía yo falta; pues usted reúne á su gran talento, á su vasta instrucción, el valor de que tanto necesitamos los escritores para no estar á merced de estos espadachines estúpidos. Le agradezco á usted la generosidad con que tomaba mi puesto, para mantener mi honor; pero á mí me toca salir por él. Mañana ó ahora mismo tendremos á los padrinos por acá...

—¡Los padrinos! exclamó Sabás espantado.

—Sí, dijo Claveque con indiferencia; no los de Bueso, que es incapaz de batirse; los del General Cabezudo.

—¡El General gritó Carrasco más asustado aún. El general tira muy bien, señor Claveque...

—¡Ps! hizo éste con modo burlón. Al blanco, Sabás, al blanco; pero el blanco no tiene pistola. Advierta usted que él no se ha batido nunca y yo llevo tres duelos.

Sabás abrió los ojos cuanto pudo, mientras Claveque, haciendo alarde de tranquilidad, se sentaba frente á su mesa para escribir una revista.

VII.

Debilidad.

PASARON algunos días, y con ellos los temores de Sabás, quien no pudo tranquilizarse á pesar de la seguridad con que Claveque le repetía que no era lo mismo tirar al blanco que á un hombre armado. Ni Bueso ni Don Mateo dieron señales de vida, y todo quedó como si nada hubiera sucedido.

La escena de la redacción y la historieta de las pieles, sólo habían causado efecto en mi ánimo, pues despertaron de nuevo mis aficiones ó mejor dicho, encendieron mi fiebre de periodismo carnívoro, que me ponía fuera de razón, mayormente cuando sentía, como entonces, la necesidad de embriagar-

me con los triunfos, ó de distraerme dañando á los demás.

Medité detenidamente una campaña contra Cabezudo, que daba á la sazón buen blanco para mis tiros; pero no sé si vaga esperanza ó inconsciente respeto, que no podía yo desechar cuando pensaba en Remedios, me contenían para poner en ejecución mis perversos propósitos. Pero no era posible, no, que aquel hombre, autor de mis desventuras, gozara tranquilamente de elevada é inmerecida posición, mientras yo padecía tantas penas. Y por muy cierto que fuera lo asegurado por Claveque, de que llevaría bien pronto la ruina por castigo, sentía yo la necesidad de herirle sin piedad, de herirle profundamente, y poderle decir: «Soy yo quien te daña; soy yo el que has despreciado, el que has tenido por indigno de tu aprecio y de tu trato, quien subiendo á mayor altura, te escupe y te abofetea.»

Y en efecto, en un artículo contra los diputados, caricaturé á Don Mateo, sin nombrarle; pero de tal manera que todos le conocían. El artículo recibió elogios por una

parte, censuras reposadas por la de los periódicos ministeriales, y el periódico se vendió con tanta rapidez como cuando publicó *Las pieles de Testón*. Poco después escribí otro en que Don Mateo no andaba mejor tratado; luego un tercero en que los ataques al General de División eran más vivos y francos; y mezclándose con éstos, ya uno contra el ministro tal, ya contra el periódico cual, ora para burlarme de un poeta, ora para exponer á la vergüenza pública las debilidades de un aspirante á empleos.

Quince días bastaron para que entre Claveque y yo diéramos extraordinaria celebridad á *El Censor*; hasta el punto de verse obligado Don Pablo Albar y Gómez á hacernos una visita, en la cual, después de colmarnos de elogios, nos recomendó la perseverancia, ofreciéndonos para lo porvenir, grandezas ni siquiera soñadas. Recuerdo que al despedirse, me llevó aparte y me dijo en voz baja:

—Si le mando á Ud. alguna recomendación para que no ataque á alguna persona,

no haga Ud. caso y siga con libertad; porque esas cosas se hacen de compromiso.

Tan famoso era ya *El Censor*, como meses atrás lo había sido *El Cuarto Poder*. *El Lábaro* había cortado sus relaciones con nosotros y ni siquiera nombraba á *El Censor*, queriendo dar por desprecio lo que era miedo en realidad; como que Claveque contó entre sus historietas la de Escorroza, cuando combatía contra sí mismo y se desafiaba solo, y alguna de faldas relativa al redactor en jefe, que pudo concluir por medio de las armas; pero por no sé qué casualidades que Claveque me contó, se quedó como la de las pieles.

Claveque era un hombre singular, á quien había yo cobrado grande afecto. Con mucha frecuencia me invitaba á comer, y en cada comida gastaba como rico. Tenía siempre amoríos de lo más caro, (de entre bastidores), que me contaba con minuciosidad, asegurándome que eran obra solamente de los artículos que escribía sobre espectáculos. Vestía mejor que yo; tenía algún lujo en su cuarto, y gastaba en cualquier cosa el doble

de lo bastante. ¿Y todo esto salía de los treinta pesos que le pagaba Albar cada mes? No, imposible. Díjome que, amén de tener un tío en la frontera del norte, que le mandaba de vez en cuando letras por valor de quinientos á ochocientos pesos; solía jugar con admirable fortuna, no en garitos, sino en reuniones á que asistían el General X, el diputado este y el banquero aquel.

Todo se lo creía yo. Tenía talento, no conocía el miedo, amaba el combate, me ayudaba perfectamente, había contribuido á dar al periódico renombre, respetabilidad y circulación. Lo demás me importaba poco.

Aquella fiebre, que me hacía olvidar la *moneda falsa* de Pepe, y hasta la segunda parte de la historieta de mi compañero de redacción, no era, sin embargo, bastante para borrar de mi memoria á Remedios. Á toda hora me parecía verla tal como Felicia me la había pintado: pálida, con grandes y oscuras ojeras, triste; pero con las pupilas llenas de fuego al pronunciar con energía las palabras "*¡nunca, nunca, y nunca!*"

Procurando huir de aquella visión que me

hacía daño, buscaba yo objeto á mi imaginación en los combates rudos de la prensa, y hasta sentía yo cierto placer cuando caía en mis manos un periódico que, contestándome con un atrevimiento que pocos gastaban, se proponía burlarse de mí ó lastimarme ásperamente. Como todos los espíritus débiles para el infortunio, sentía yo inclinación al vicio; sed de placeres intensos, cualesquiera que fuesen; afán de aturdirme en medio de sensaciones de cualquier género, con tal que fueran de esas que embotan el pensamiento. Vez hubo que trajera á mi imaginación la cara irritada de Jacinta con la nariz dilatada, la boca contraída, arrugado el ceño y los ojos encendidos, y al verla tuviera un fugitivo deseo de estrecharla en mis brazos ahogándola, y decirle: «¡A tí es á quien yo quiero!»

Después de un día empleado en escribir artículos terribles contra el que primero me daba materia, y en pensar en lo imposible de volver á ocupar en el corazón de Remedios el lugar que antes tuve, corría yo á casa de Felicia, refugio único de mi corazón

y de mi cansado espíritu, para oirla hablar sin escuchar sus palabras; pero su voz de dulce acento y suaves inflexiones, era para mí como la música lejana: alegre para mis alegrías, triste, muy triste para mis tristezas.

Hablaba la joven sin parar, ya sentada junto á mí, ya yendo y viniendo por el cuarto para enseñarme cualquier cosa que Don Pedro le había regalado, y me daba sobre ella largas explicaciones. Me pedía un libro para aprender algo; reprochándome que nunca hubiera yo tomado interés en que se ilustrara un poco, me reñía por cualquier simpleza, y después de hacer mil monerías, se sentaba junto á mí, fingía grandísimo enojo porque yo no le hacía caso, y me obligaba á contentarla con palabras de cariño, concluyendo ella por echarse á reír.

No hablaba yo casi nunca de Remedios; pero á veces, con la timidez de quien se niega á la esperanza, y obedece sólo á una necesidad irresistible, preguntaba yo por ella, pero sin pronunciar su nombre. Nada; no había nada de nuevo; pero Felicia procura-

ba animarme, aunque con poco entusiasmo; más bien con cierta frialdad, que me daba á entender que mi pobre amiga no quería infundirme esperanzas engañosas; y en seguida cambiaba de asunto, ó me obligaba á pasar á la sala para saludar á las señoras y á Don Pedro, que me demostraban cada día mayor aprecio.

Una noche, hablamos más de lo que solíamos del enojo de Remedios; y Felicia, menos animada que nunca, se limitaba á decirme que éramos los dos un par de muchachos, que había aún muchos años frente á nosotros, y que la mujer que una vez quiere, no puede olvidar jamás. Aseguraba que el tiempo la ablandaría, y que llegaría á comprender que mi falta valía poco; pero todo con tal frialdad, que sus palabras fueron para mí la señal de que ella, la esperanza misma, la fe viviente, no tenía ya ni un átomo de fe ni un rayo de esperanza.

Entonces vino á mi mente una idea, que me causó el dolor más profundo, pero que acogí con valor que parecía fiereza, como recurso extremo.

—No me queda ya más que un camino, dije, levantándome para retirarme; hacer un esfuerzo supremo, arrancarla de mi corazón, pensar en otra cosa y olvidarla.

—¡Olvidarla! repitió Felicia.

—Sí, dije yo, con voz ahogada, la olvidaré.

—¡Eso no! exclamó la joven, no la olvides, no dejes de quererla, Juanito; mira que es muy buena y que ha padecido mucho. Y si la olvidas, si no piensas más en ella... ¡te vas á volver malo!

No respondí, incliné la cabeza, y salí del cuarto.

VIII.

La segunda parte.

MI inseparable amigo, mi admirador sincero y constante, el hombre en quien he visto mejor armonizadas las buenas intenciones y las malas obras, por falta de criterio propio; en una palabra, Sabás Carrasco, conocía en mi semblante las hondas penas que me devoraban en silencio, y en vano procuró mil veces arrancarme una confesión, que quizá trataba de obtener para buscar los medios de aliviar mi dolencia.

Pero una de tantas veces en que, sentados uno frente á otro, guardábamos silencio, interrumpido sólo por alguna pregunta de Sabás, que recibía siempre una respuesta breve y seca; una mañana en que sin oírle,

dejaba yo correr mi pensamiento por sus acostumbrados caminos, Carrasco, rápidamente, como quien atrapa de súbito un recuerdo interesante y oportuno.

—Oiga Ud., me gritó ¿y aquella muchacha sobrina de D. Mateo?

No pude reprimir un movimiento, que habría sido una revelación para cualquiera más listo que Sabás. Clavé en sus ojos la mirada, queriendo sondear el pensamiento de mi amigo y adivinar la intención de su pregunta; pero comprendí que era aquello una mera casualidad. Carrasco pensó que no recordaba yo ó que fingía no recordar, é insistió, sonriendo maliciosamente.

—Aquella Remedios, que era novia de Ud.

—Ya me acuerdo, contesté desazonado; pero no sé de ella.

Sabás se quedó pensativo y sonriente, como repasando en la memoria cosas pasadas, y después, levantando la cabeza, dijo, como resumen de sus reflexiones:

—¡Lo que son los tiempos! ¿no? ¡Tanto que quería Ud. á esa muchacha!

Luego se echó á reír, y añadió:

—¡Figúrese Ud. que se hubiera casado con ella! Ya estaría Ud. arrepentido; porque la pobrecita era guapa; pero al fin de pueblo, y sin educación.

—¡No sea Ud. tonto! exclamé yo con impaciente irritación, levantándome de mi asiento.

Sabás se quedó de una pieza, cortado y encogido, y cuando pudo reponerse, venciendo su natural timidez, quiso enmendar su torpeza.

—Dispénseme Ud., dijo; creí que ya no la quería Ud. y por eso...

—¿Y quién dice lo contrario? le interrumpí con mayor irritación. No la quiero; por supuesto que no la quiero ya.

—Pues entonces...

—¡Basta, basta! Hablemos de otra cosa, dije exasperado, sin poder contener ni disimular mi mal humor.

Carrasco guardó silencio, y cayó en el mismo embarazoso de quien queda corrido y avergonzado. Di dos ó tres vueltas en el cuarto, con nerviosa inquietud, y al cabo tomé un periódico viejo que encontré sobre

una mesa, y púseme á recorrer con la vista sus apretadas líneas, sin entender una palabra.

Sabás, después de permanecer inmóvil durante buen espacio, se atrevió á levantarse de la silla y anduvo con tácitos y cuidadosos pies, acercándose á la mesa opuesta, de donde á su vez tomó otro periódico. Buscaba, sin duda, asunto de qué hablarme para salir del embarazo en que por mis duras respuestas se encontraba; porque, tropezando, en el papel que había tomado, con algo que le trajo á la memoria el artículo de Claveque, dijo volviéndose hacia mí:

—No he visto hasta ahora la segunda parte de *Las pieles*.

Hice un movimiento, como si hubiera tenido un susto repentino. Tal estaba mi careza, que no había vuelto á acordarme de tan importante negocio.

—¡Es verdad! exclamé.

—No se ha publicado, dijo Sabás; y yo he creído que eso se arregló.

—¿Cómo que se arregló? ¿Cómo había de arreglarse?



De cualquier modo, él no se metía en eso. Creía que estaría convenido no publicar la segunda parte, para terminar armoniosamente y no dar motivo á un disgusto muy serio. Yo protesté contra semejante suposición: Después de la escena pasada con Bueso, no había avenimiento posible, ni antes tampoco; yo no podía consentirlo, y dados el valor y la entereza de Claveque, su carácter tenaz y su atrevimiento, era absurdo pensar que hubiera cedido á súplicas, no que á amenazas.

Sabás, según costumbre, aprobaba cuanto iba yo diciendo; y yo alzaba la voz, y reforzaba los argumentos, más para convencerme á mí mismo que para persuadirle á él. Y bien lo había yo menester; pues desde que Sabás me hizo su primera observación, había yo sentido una inquietud que crecía por momentos, y que no había poder calmar mientras no llegara Claveque.

Largo rato tardé en demostrar al convencido periodista que aquello del arreglo era un absurdo, y que sólo el recargo de material podía haber retardado la publicación de

la segunda parte prometida. Y bien que se publicaría ¡cómo no! ¿Qué nos importaban ni á Claveque ni á mí las iras de Don Mateo, ni las necedades de Bueso?... ¿Qué?... ¿Qué cosa?... ¡Con que eso decía Pepel! Y qué tenía de inconveniente pintar á un hombre público para que no engañara con sus falsas grandezas á la sociedad? Verdad era cuanto el artículo decía; pura verdad, pues aun lo de las pretensiones de matrimonio eran un hecho, según afirmaba Claveque, que andaba por resolverse en los días en que la historieta se publicó. Verdad que Don Mateo era un farsante tonto, que había gastado la mitad de su fortuna en los periódicos, en Bueso, y en otros Buesos, para alcanzar el despacho de General de División. Verdad era todo, porque lo único falso allí era el mismo Cabezudo.

—Eso sí lo dice también Pepe, afirmó Sabás. Dice que el General es, como muchos otros, moneda falsa.

—Moneda falsa... repetí yo, recordando el título que tanto me había impresionado

días atrás. ¿Publicó Pepe un artículo con ese nombre?

¡Cómo! ¿Pues no le había yo leído? ¡Oh! un artículo como suyo, lleno de chispa y de gracia, que hacía reír á todo el mundo, y que reprodujeron dos periódicos importantes de la ciudad; sólo dos, porque ya los otros se iban alarmando con la general aceptación que Pepe alcanzaba. El me llevaría el periódico, por si el ejemplar que se nos remitía se hubiere perdido en el desorden de nuestra redacción; pero mientras tanto, recordaba algunas frases del artículo. Decía, entre otras cosas, ... decía... que hay personas que debieran estar clavadas en un mostrador; que hay ricos que llevan todo el capital untado en el cuerpo, para ocultar su piel de pobretes, como escritores que se envuelven en oropel de declamación vacía, para esconder el cobre vil de su ignorancia. Decía mucho más; pero Carrasco no quería repetir mal lo que Pepe había escrito con tanta sal y pimienta. Al concluir, el escritor había ofrecido un segundo artículo, claro,

muy claro, y ya no en castellano, para que todos pudieran entenderle.

Tal poder tenía el artículo de Pepe sobre mí, que pude olvidar por breves instantes la historieta pendiente. Sabás prosiguió en sus elogios, dedicando al autor del artículo los más grandes encomios; y la verdad es que los merecía, porque á mi pesar había yo comprendido también muchas veces, no sin vivos celos, que cuanto Pepe escribía, tenía el sabor agradable y extraño de la originalidad, con un dejo que yo no encontraba sino en sus escritos.

La charla interminable y entusiástica de Sabás fue poniéndome violento; tanto más cuanto que recaían frecuentemente sus alabanzas sobre el artículo que tanto me escocía. Tocaba ya con ello los términos de mi poca paciencia, y ya abría yo la boca para hacerle callar y desatar mi crítica acerada contra Pepe, contra aquel pedante vanidoso, que fingía tanta modestia, cuando vino á evitarlo Claveque, que entró en la redacción sofocado por el calor de la calle.

Apenas le dejé tiempo para respirar, y

le pregunté encarándome como él, por la segunda parte de *Las pieles*. No sé si por mi preocupación, creí notar en él un ligero movimiento de sorpresa, pero en seguida contestó.

¡Oh, la segunda parte! Estaba ya desenzalada de la manera más graciosa, ofreciéndome materia para escribir algo de mucho entretenimiento y agrado. Testón había concluido con las pieles, y quería atrapar las piedras preciosas de la princesa Kromalisa; por lo cual urgió á Buesuntol que se diera prisa en el asunto; pero como el astuto noble siguiera entreteniéndole y comiéndose las migajas que sobraban de la fortuna del bárbaro, éste creyó llegado el momento de atreverse, y procuró acercarse á la princesa. Llevaba la certidumbre de haberla cautivado con su renombre, sus glorias y su esplendidez, y en un discurso que Claveque sabía de memoria ó inventaba graciosamente, lleno de grotesca y ridícula vanidad; pidió su mano á la noble y hermosa viuda. La cual, no bien hubo terminado Testón, soltóse á reir con la más alegre risa, y contestó

al bárbaro invitándole para el matrimonio que de allí á cinco días iba á contraer con persona que, aunque de inferiores merecimientos, había aceptado desde mucho tiempo atrás.

La segunda parte me hizo reir tanto ó más que la primera; pero pronto me contuve para preguntar á Claveque cuándo pensaba escribirla. El periodista se turbó y yo lo noté.

—Pronto, le dije con agitación que nacía de mi desconfianza. Ha pasado mucho tiempo desde que la primera parte se publicó. Es preciso que la escriba Ud. ahora mismo, y que salga en el número de mañana.

—Hablaemos, me contestó Claveque con misterioso entono.

—No, señor; repliqué vivamente, y exasperándome. Hoy mismo queda listo eso; no hay que pensarlo.

—Hablaemos, repitió mi compañero; no se apure Ud.

—Es que no me gusta quedar en ridículo, dijo con exaltación; y ya esto da en qué pensar á los que no nos quieren. Escribirá

Ud. eso hoy, ó lo haré yo, si Ud. tiene miedo.

Claveque se echó reir con desenfado.

—Cálmese Ud. me contestó.—Si no fuera Ud. quien tal cosa me dice, habría motivo para un grave disgusto.

—Pues hable Ud. de una vez, dije enérgicamente; porque de lo contrario insistiré en lo que he dicho

—Ud. lo quiere. La segunda parte no se escribirá, porque una joven hermosísima, buena y desdichada, á quien adora el mejor de mis amigos, me ha suplicado que no se escriba.

—¡Cómo...! exclamé yo, comprendiendo apenas lo que Claveque decía.

Me tomó él de una mano y yo me dejé conducir maquinalmente al extremo opuesto de la pieza. Acercó su boca á mi oído, y muy bajo deslizó estas palabras:

—Se llama Remedios.

Le agarré fuertemente por un brazo, y sacudiéndole con violencia,

—¿Quién se lo ha dicho á Ud? le pregunté agitado.

—Silencio, que nos oye Sabás, me dijo.

Solté el brazo de Claveque, y él retirándose de mí, y tomando la pedantezca entonación de galán de segundo orden cuando coge entre puertas al traidor de un drama de cocina

—Ahora, me dijo, escribiré la segunda parte cuando Ud. guste.

Sabás estaba estupefacto, y Claveque sonreía satisfecho.